

1997

Antonio López Ortega. El camino de la alteridad. Caracas: Fondo Editorial Fundarte, 1995.

Wifredo Hernandez

Citas recomendadas

Hernandez, Wifredo (Otoño-Primavera 1997) "Antonio López Ortega. El camino de la alteridad. Caracas: Fondo Editorial Fundarte, 1995.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 37. Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/37>

Antonio López Ortega. *El camino de la alteridad*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte, 1995.

Dos razones singularizan el último libro del venezolano Antonio López Ortega: la primera, este volumen de ensayos revela las preocupaciones de un narrador que intenta aclarar su camino a través de la definición de las poéticas a las que se adhiere su obra; la segunda, ofrece un interesante testimonio de la vida cultural en Venezuela en los últimos veinticinco años.

López Ortega (1957) inició su carrera literaria a fines de la década de los setenta. Exmiembro de varios talleres literarios, este escritor se aproximó a la creación literaria en el dirigido por Juan Calzadilla en la Universidad Simón Bolívar; dichas prácticas luego se ampliaron con su estancia en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela y en la Universidad de La Sorbona.

Los comienzos de López Ortega están marcados por el cultivo del cuento: *Larvario* (1978) y *Armar los cuerpos* (1982). A partir de *Cartas de relación* (1982) se nota un cambio en el género cultivado, evidenciándose ya para entonces el apego a una poética diversa, que pareciera ser practicada hasta *Calendario* (1990); desde un punto de vista genológico, es una prosa -en ocasiones narrativa, en otras poética - cercana a la de muchos textos publicados en el período (pienso en dos de sus contemporáneos: Gustavo Guerrero y Lourdes Sifontes).

Desde *Naturalezas menores* (1991), la escritura de López Ortega parece estar transitando otras sendas, que la crítica más informada ha percibido como una suerte de empresa dirigida contra la narratividad del género cuento, así como un intento de presentar simultáneamente la pluralidad.

El libro de 1995 que aquí reseñamos, de escritura “ancilar”, como la llamaría Alfonso Reyes, podría ayudar a entender estos cambios en una obra que ya ocupa veinte años; y, adicionalmente, su lectura permite acercarse al pensamiento estético de uno de los promotores que de manera más constante ha estimulado las letras venezolanas de los últimos lustros, a través de su trabajo como editor, en programas de televisión o dirigiendo uno de los principales proyectos culturales patrocinados por la empresa privada;

admirable polifacetismo que ciertamente contradice muchas de las ideas expresadas por Angel Rama en *La ciudad letrada* sobre la profesionalización del intelectual latinoamericano.

El camino de la alteridad recoge trabajos publicados en las páginas culturales del diario caraqueño *El Universal* y en revistas especializadas del exterior entre 1977 y 1994. Se recogen allí treinta y un escritos, distribuidos en cuatro partes. El autor modificó algunos de los textos y los ordenó según el contenido; esta distribución parece responder también al propósito de definir las poéticas de que hemos hablado al inicio de esta reseña. Por razones de espacio, me concentraré principalmente en algunos de los materiales recogidos en las tres primeras secciones.

La sección inicial del volumen incluye ocho trabajos. El primero, "La imagen americana en Simón Rodríguez", se detiene en el significado histórico-literario de la escritura del maestro decimonónico, y en la que López Ortega encuentra un ejemplo de los efectos del exilio. Luego de regresar a Suramérica, Simón Rodríguez profundiza una actitud de crítica hacia el discurso oficial de las recién creadas repúblicas. Su escritura, según el autor que nos ocupa, se muestra alejada de los rasgos más comunes del estilo prevaleciente en la primera mitad del siglo XIX, y privilegia un arte castigado cercano a la prosa del Siglo de Oro.

La idea del exilio y sus efectos artísticos es ampliada en el segundo artículo, "El camino de la alteridad", que le da título a la colección; esta vez el autor se detiene en un escritor del siglo XX, su compatriota, Arturo Uslar Pietri, de quien analiza una de sus novelas, *El camino de El Dorado* (1948), bajo una curiosa y pocas veces practicada perspectiva biográfica: "Dos factores, pues, deben tenerse en cuenta a la hora de aproximarse a esta novela: el horizonte de la decepción personal y la frustrada experiencia del hombre público" (20).

En los seis trabajos restantes de esta parte y en varios de la segunda, López Ortega reflexiona sobre literatura y ofrece anotaciones que el crítico que lo estudie como narrador necesitará consultar. En "Por una literatura menor", el escritor se apoya en la caracterización que hace Guillermo Sucre en *La máscara, la transparencia* de mucha poesía hispánica como "de inventario" o "de archivo"; y a partir de esta idea evalúa ciertas obras de la narrativa continental, para llegar a proponer la noción de "literatura menor", bajo la cual deberíamos leer su propia obra. "Una literatura menor sería, pues, aquella que desconfió de los cuerpos mayores, aquella que hurga y proyecta una intimidad. Deleuze y Guattari, en su sorprendente ensayo sobre la obra de Kafka, destacan tres condiciones invariables: la desterritorialización de la lengua, el entroncamiento de la voluntad individual por encima de las condiciones del entorno y la disposición para hablar con la voz de un colectivo" (29). Entre los exponentes de esta literatura, López Ortega menciona a Jorge Luis Borges, Felisberto Hernández, Juan José

Arreola, Augusto Monterroso y Adolfo Bioy Casares; en *passant*, ataca a los cultivadores de obras en las que se recrea el pasado: "A pesar de algunos brotes persistentes, como el de cierto auge de la llamada novela histórica, los nuevos narradores hispanoamericanos han tomado distancia de los grandes monumentos literarios para subvertir el orden de los legados y rastrear una nueva expresión en las fisuras de la realidad y a los despojos del sentido" (30).

El ensayo "Las trampas del compromiso" evidencia las tretas empleadas por López Ortega para delimitar su práctica (y la de varios de sus contemporáneos más cercanos) de la estética del compromiso, triunfante en muchos de los escritores coterráneos en los años sesenta y setenta; rescata a Salvador Garmendia y a Juan Calzadilla, lamentando que el modelo de sus literaturas no haya sido el triunfante. Señala asimismo que los creadores que comienzan a publicar a fines de los años setenta "prefirieron militar en destinos más inciertos y establecer una relación con sus progenitores que no se distinguía ni por el parricidio ni por la copia de modelos" (33); como ejemplos menciona a Ednodio Quintero y Humberto Mata.

En "Poesía, vino y rebelión" se añaden elementos adicionales de crítica a los escritores de los años sesenta; sólo que esta vez el autor toma en cuenta rasgos del carácter (o, si se prefiere, vicios privados): "Buscábamos, pues, a Orlando Araujo, el autor de un libro sobre narrativa venezolana contemporánea que admirábamos, y en vez de encontramos con un principio rector que ordenara las coordenadas de la valoración, encontrábamos a un personaje tambaleante en algún bar de Sabana Grande" (43); menciona además a Ludovico Silva y Adriano González León como miembros de un grupo que de tan numeroso llegó a conformar toda una república étfica.

"En torno a una literatura nacional" fue escrito para responder al interrogante lanzado por el dramaturgo y escritor de telenovelas José Ignacio Cabrujas sobre la existencia de una novelística nacional. En esta nota, López Ortega vuelve a emplear la noción de literatura de inventario, afirmando que: "Habrá que esperar el siglo XX para dejar atrás esta primera zanja y saltar del parecer al ser. Sólo que esta pregunta fundamental sobre nosotros mismos -que en verdad debería ser el trasfondo de toda nueva novela- carece aún de respuestas decisivas" (38). Resulta obvio que el narrador criba otra vez las obras de los escritores precedentes, y sus conclusiones son tan poco alentadoras como discutible la formulación de la cuestión por parte de José Ignacio Cabrujas.

Por su parte, en "Literatura policial en Venezuela" muestra que para la época en que la reflexión fue escrita (inicios de los noventa), la situación por la que atravesaban las letras venezolanas parecía estar reflejando la situación de crisis generalizada en que se debate Venezuela desde mediados de los años ochenta. Apoyándose en una investigación realizada por Verónica Jaffé y cifras de ventas de libros, López Ortega indica que el

número de lectores de la literatura nacional había disminuido, así como también la publicación y crítica de libros.

El último trabajo de la primera parte resulta clave para un estudio de las ideas estéticas a las que López Ortega se ha adscrito. En efecto, "La gaveta ilustrada o el cuerpo plural" resume la formación del escritor. Para ampliar el tema y estudiar a López Ortega como miembro de un grupo más numeroso de escritores, habría que leer otros de los trabajos que conforman la segunda parte del volumen. Primero, el más largo y uno de los estudios más importantes sobre el tema: "Nueva cuentística venezolana" (59-78); y después, "Ars narrativa", cuyo título es claramente indicativo de lo que venimos sugiriendo -aquí, por cierto, aparece uno de los cuentos más cortos y uno de los mejores de López Ortega, intitulado "Quinta tentativa".

Como hemos adelantado, *El camino de la alteridad* no sólo interesa desde el punto de vista de la poética de López Ortega, sino que también brinda la oportunidad al estudioso de conocer un panorama del quehacer cultural venezolano de las últimas décadas; en este sentido, la segunda y la tercera parte del libro son buenas fuentes de información sobre la recepción de obras publicadas en el período que el libro cubre. Algunos ejemplos en este sentido serían: "Balza: los signos de la madurez", en que se comenta *La mujer de espaldas*, libro de relatos del maestro deltano; y "Trejo: el amor como valor de cambio", en el que, alabando las virtudes de algunos cuentos de Osvaldo Trejo, le critica la empresa llevada a cabo en su última novela: "...la literatura no es otra cosa que comunicación -incluso en sus expresiones más extremas- y esto parece desconocerlo el Trejo de, por ejemplo, *Metástasis del verbo*" (84).

Dos trabajos adicionales merecen ser destacados por sus cualidades y el interés que ellos evidencian por dos escritores que disfrutaron de la admiración de López Ortega: Juan Calzadilla y Ednodio Quintero. "Juan Calzadilla en dos tiempos" repasa los momentos más significativos de la carrera del escritor. Por su parte, el artículo sobre Quintero (91-98) se detiene en algunas de las obras de este narrador andino. Ambos escritos resultan indicativos de una cierta manera de entender la literatura en la que, por cierto, la edad de los dos escritores sugiere que las oposiciones estéticas que hemos resumido no parecen ser completamente de tipo generacional.

La cuarta sección del volumen agrupa una serie de crónicas que abarca desde una nota sobre la muerte del poeta peruano Armando Rojas, hasta un comentario sobre el cine de Ridley Scott. Ilustrativa del clima cultural de la Venezuela de fines de siglo, esta parte también lo es de los variados intereses de López Ortega; algo fácilmente corroborable si se leen las dos muestras escrípticas aquí incluidas sobre Pancho Quilici y Maruja Herrera.

El camino doble que se puede recorrer en el interior de este libro, es decir, el de una voz textual que elige el ropaje de un productor de poéticas y el de una voz distinta que se presenta como gestor cultural, nos conduce

a una curiosa situación enunciativa: el sujeto de la escritura se encuentra en una disyuntiva que presta a sus palabras, azarosamente o no, un valor dramático inusitado, pues éstas reflejan hasta cierto punto la problemática tradicional del intelectual venezolano que se debate entre un acercamiento creador a las letras y un acercamiento práctico (recuérdese la paradoja magistralmente planteada por Pedro Emilio Coll hace muchos años en su ensayo “Decadentismo y americanismo”). López Ortega ha sabido retratar aptamente en sus páginas el conflicto de voces al que nos hemos referido. Conclusión sostenible si se presta atención cuidadosa al título seleccionado para la colección, ciertamente tomado de uno de los artículos que la integran, pero que, como se indica en el “Preliminar”, también responde a una perspectiva abarcadora de una intención mayor. Además, sería legítimo argüir que el hablante del volumen va hacia el otro, pero para encontrarse a sí mismo, no para aceptar incondicionalmente la otredad (por ejemplo, el caso ya citado de su evaluación de la “República del Este”). Alteridad como sendero que lleva al “yo” a una ética personal, a lo considerado como verdadero y perdurable.

En conclusión, este volumen de ensayos posee, como se ha visto, un interés doble: como fuente para el estudio de la poética subyacente en la narrativa de Antonio López Ortega, o como muestra de sus predilecciones críticas y preocupaciones estéticas. Creo que *El camino de la alteridad* señala algunos ámbitos que merecerían ser recorridos por quien se interese por el estudio de lo que han sido las prácticas literarias en Venezuela desde fines de los años setenta.

Wilfredo Hernández
University of Connecticut, Storrs